

# LA IMAGEN CULTURAL DE

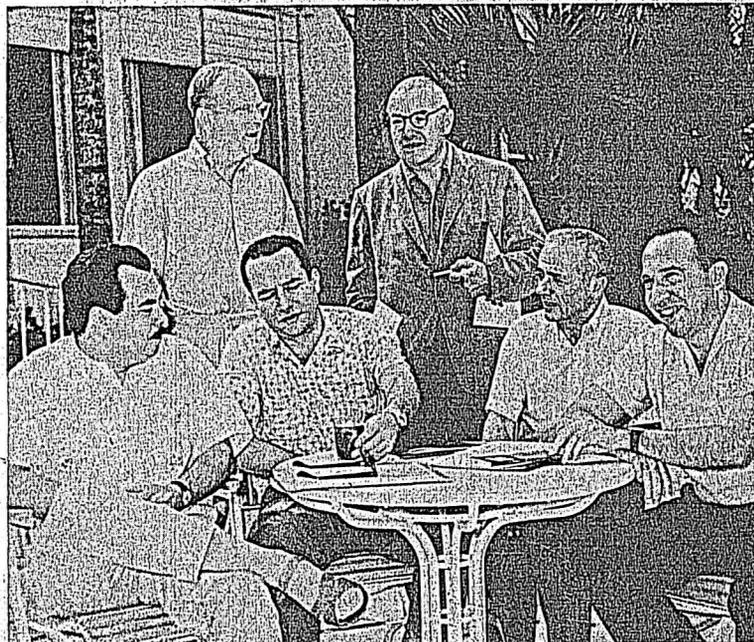
# AMERICA

## Un Seminario Interamericano

FERNANDO ALEGRIA

PARADISE ISLAND: una isla en medio del Caribe, a 900 y tantas millas de Nueva York y a menos de 200 de Miami, que parece alzarse repentinamente por encima del terror atómico y de los enconados odios políticos, rodeada por un mar de blancas espumas y suaves olas de un azul turquesa, silenciosa bajo el rumor de sus bosques de pinos, he ahí el lugar donde se reunieron en noviembre de 1962, treinta escritores y artistas a considerar el abismo de ignorancia, de incomprensión y de pasividad que separan a las culturas de Norte y Sudamérica. Nadie de los

FERNANDO ALEGRIA, de Chile, enseña literatura hispanoamericana en la Universidad de California, donde se doctoró. Ganó en 1944 el premio Farrar y Rinehart con su obra *Lautaro*. Otros libros suyos posteriores han sido *Camaleón* y *Walt Whitman* en Hispanoamérica.



Algunos de los participantes del Seminario de Paradise Island. Sentados (izquierda a derecha): Alberto Escobar y Carlos Delgado, de Perú; Alfredo Pareja Diezcanseco, de Ecuador; y Fernando Alegria, de Chile. De pie: Frank Gibney, editor de *Show*, y Jorge Elliott, de Chile.

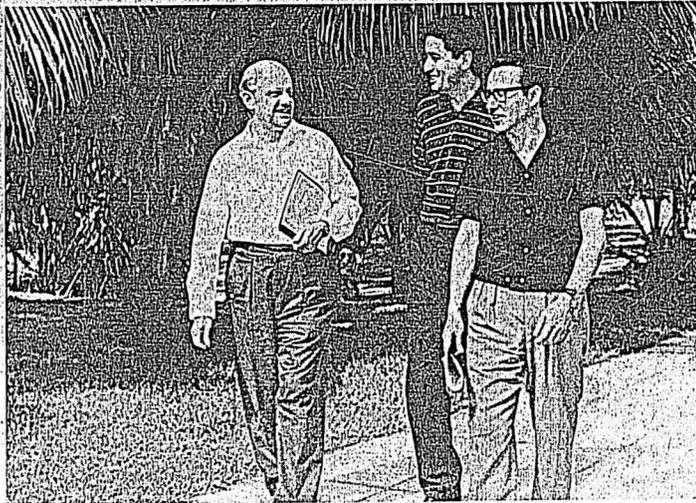
presentes podrá negar que, después de tres días de prolongadas discusiones, ese abismo parece menos ominoso y está destinado ya a desaparecer bajo la acción conjunta de auténticos creadores, lejos de influencias oficialistas y de burocracias académicas.

El Primer Simposio Interamericano convocado por la revista *Show* se originó en un viaje que realizó uno de los editores, Robert M. Wool, por los países latinoamericanos en 1962. Interésado en reunir material para un número especial de *Show*, Wool advirtió la existencia de un verdadero tesoro artístico que permanece aún desconocido para el público de los EE.UU. y notó, asimismo, que tal desconocimiento existe a pesar de los empeños de organismos oficiales tanto de los EE.UU. como de Latinoamérica. Wool regresó de su viaje convencido de que era indispensable convocar a una reunión en que se examinaran las corrientes ideológicas, tanto en el plano estético como en el político, que definen en estos momentos el pensamiento de los escritores y artistas latinoamericanos, y que en ese examen se intentara una confrontación con el mundo cultural de los EE.UU. Sobrio y perspicaz, Wool evitó dar un tono sensacionalista a su llamado. Procedió a invitar con discreción a hombres de figuración en el mundo del arte americano subrayando la sencillez de su propósito. "Nos reunimos", dijo, "para darles a algunos hombres de las artes de ambos lados del Hemisferio la ocasión de hablar entre sí", y a modo de preocupada reflexión, añadía: "Aunque sencilla, la importancia de este

objetivo se ha hecho pavorosamente clara para nosotros por los acontecimientos de estas últimas semanas". Nada más. Se nos convocaba para conocernos y se nos sugería que la razón de unidad que no consiguen los políticos ni los hombres de negocios ni los soldados, tal vez podía surgir de una libre plática entre gente de arte.

Con este ánimo de ponderación y tranquila curiosidad fuimos a Paradise Island. Nuestro anfitrión, Huntington Hartford, presidente de *Show*, nos recibió como reyes sin corona: en un ambiente de natural elegancia, de miste-

Henry Wolf y David Zingg. Los latinoamericanos fueron: del Brasil, Aloysio Magalhães, pintor, y el profesor F. Villa-Alvarez; de la Argentina, el filósofo Ismael Quiles, S. J., y Rafael Squirru, poeta y director del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires; de Chile el pintor y crítico Jorge Elliott, el dramaturgo Luis Alberto Heiremans; el novelista y editor José Manuel Vergara, y el que esto escribe; del Perú, Carlos Delgado, antropólogo, presidente de la Organización Mundial de la Juventud, Alberto Escobar, crítico literario, Fernando Szyszlo, pintor, y Car-



(Izquierda a derecha) Guillermo Espinosa, de Colombia; Rafael Squirru, de Argentina, y Carlos Zavaleta, de Perú



Aloysio Magalhães, de Brasil, y Frank Gibney y Arthur Schlesinger, Jr., de los Estados Unidos

riosa eficiencia que parecía disponer los bloques de papel en el escritorio con tanta exactitud como las nubes en la noche de luna y los lechones asados junto a la piscina. Mi primera impresión al ver la lista de invitados fue de cierta desazón porque los norteamericanos eran gentes de mucha fama y prestigio internacional y nosotros, indudablemente, nos movíamos en plano más modesto. Algo así como un partido de fútbol entre equipos de peso muy desigual; pero, así como, en el fútbol hay ciertas cosas que compensan por la falta de otras, así también en este simposio tuve la sensación de que muchas veces el artista o intelectual de remotas regiones hizo sentir su presencia, si no con títulos de fama, al menos con inteligencia, cultura y sutileza.

De los Estados Unidos asistieron: el dramaturgo Edward Albee, el director de teatro y crítico Harold Clurman, los novelistas Barnaby Conrad, Peter Matthiessen, William Styron y Gore Vidal, la bailarina y folklorista Katherine Dunham, los compositores Aaron Copland y Norman Dello Joio, los historiadores y ensayistas Max Lerner, John Harrison, Richard Morse, Norman Podhoretz y Arthur Schlesinger Jr., además de Richard Goodwin, secretario asistente adjunto de la Oficina de Asuntos Interamericanos, Robert Rossen, director de cine, Tad Szulc, corresponsal de *The New York Times* y John Thompson, director ejecutivo de la Fundación Fairfield. Añádase a esto la plana mayor de *Show* compuesta por: Frank Gibney, Robert M. Wool, Marvin Barret, Mrs. Michael Frank,

los Zavaleta, novelista; de Colombia, el compositor Guillermo Espinosa; y del Ecuador, el novelista Alfredo Pareja Diezcanseco.

Hubo seis relatores encargados de presentar los temas principales del simposio: Squirru, Schlesinger, Lerner, Delgado, Elliott y Morsé. Cada día nos reunimos durante cuatro horas a conversar sobre un temario preparado de antemano. Generalmente, después de cinco o diez minutos de finteos echábamos el temario por la borda y nos trezábamos en agitadas discusiones sobre este mundo y el otro. Sería imposible dar una idea de la riqueza de los diálogos que allí se oyeron y del fascinante despliegue de rasgos humanos que fueron apareciendo poco a poco a través de las discusiones formales y de los *tête-à-tête* menos formales que las seguían.

### Pasado y Presente

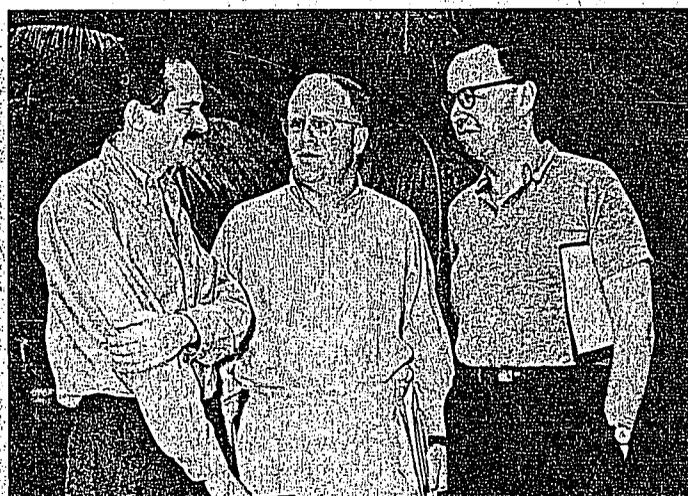
Me llamó la atención la genuina curiosidad con que los escritores y artistas norteamericanos comprobaban algo que para nosotros es ya un hecho histórico, quiero decir, la existencia en Latinoamérica de una poderosa corriente estética que busca su definición no sólo en la obra de arte sino también en un planteamiento dialéctico de las circunstancias en que ella tiene su origen. La relación entre el artista latinoamericano y la tradición cultural europea es un hecho de dramática significación que no siempre posee un valor general. Lo que es un choque de culturas para un artista mexicano o peruano puede no serlo, por

ejemplo, para un argentino. En este sentido, y dentro del tema que se refería a "los usos del pasado en el presente", dos hechos surgieron con particular relieve: primero, la actualidad del conflicto implícito en el dualismo cultural latinoamericano —lo europeo y lo indígena— y, segundo, el error de generalizar al intentar una valoración de las características regionales de ese conflicto.

Los norteamericanos recordaron que también ellos han pasado por un período de rebelión nacionalista ante el peso de una tradición europea no siempre absorbida den-

## El intelectual y el Estado

No creo que se habló gran cosa de política el primer día, pero, desde el martes, cuando el relator Carlos Delgado, joven antropólogo peruano, planteó el problema de las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos desde un estricto ángulo crítico, la política no desapareció ya del tapete. Personalmente, quedé sorprendido de la claridad que asumió el debate y la naturalidad con que se llegó a ciertas conclusiones fundamen-



Norman Podhoretz y Katherine Dunham, de los Estados Unidos, y Luis Heiremans y José Manuel Vergara, de Chile

William Styron, Norman Dello Joio, Robert Rossen y Robert Wool, de los Estados Unidos. Wool fue el secretario del Simposio

tro del concepto dinámico a que se refería T. S. Eliot; ese período correspondió, según ellos, al deseo de acabar con el *padre* ("asesinato del padre"). Alguno de los escritores jóvenes —no recuerdo si fue Peter Matthiessen o Edward Albee— recordó que para llevar a cabo el rito asesino fue necesario que varias generaciones emigrasen a Europa y, en el proceso, encontraran allí, ¡una vez más!, su verdadera expresión artística. Todo esto me hizo pensar en el caso de los escritores uruguayos llamados los Parricidas por su afán de cortar cabezas tradicionales y quienes, al verse identificados con ese mote, preguntaron: ¿Cómo se nos va a llamar "parricidas" si ni siquiera tenemos un padre a quien matar? En esa frase se aludía a uno de los extremos en el desarrollo de la cultura latinoamericana actual: se da el caso entre nosotros de que no exista ni espacio ni tiempo para asimilar y recrear una tradición europea que, no obstante, flota en nuestro ambiente, ni tampoco una civilización indígena en ruinas para especular dormitando sobre ella.

De la discusión sobre este tema no se derivaron conclusiones sino preguntas, y de las preguntas resultó el presentimiento de que, acaso, esa imagen de una cultura norteamericana que los latinoamericanos no aceptamos aun como un hecho, pueda llegar a definirse en el futuro en un contacto real con esta otra imagen que emerge de nosotros, a veces borrosamente, a veces audazmente delineada, pero siempre llena de un dramático sentido vital y de fuertes raíces nativas.

tales. ¿Se debió esto a que predominaba entre nosotros una actitud básicamente liberal y progresista? Probablemente. Por otra parte, tengo el convencimiento de que no hubiera sido posible llegar a una definición tan nítida sin el fenómeno histórico de la revolución cubana, y sin la conciencia que todos tenemos de su repercusión en el mundo americano.

El tema de las relaciones entre el intelectual y el Estado no fue una piedra de choque. El temario incluía, como introducción, la cita del muralista mexicano Clemente Orozco: "Ningún artista tiene, o ha tenido nunca, convicciones políticas de ninguna clase. Los que profesan tenerlas no son artistas". Frente a esa cita se me ocurrió poner esta otra del escritor argentino Jorge Luis Borges: "Quienes dicen que el arte no debe propagar doctrinas, suelen referirse a doctrinas contrarias a las suyas". Toda posible alternativa estaba implícita en las dos citas. No hubo qué discutir.

El tema político giró, entonces, alrededor de la actual crisis social y económica de Latinoamérica. No quisiera simplificar el debate ni incurrir en injustas generalizaciones, pero me atrevería a afirmar que la posición de la mayoría de los latinoamericanos allí presentes puede ser resumida en los siguientes puntos:

1) La crisis que vive Latinoamérica en estos momentos no es el resultado de acontecimientos pasajeros y esporádicos, sino de un proceso de larga trayectoria. Creer que la preocupación social de los intelectuales latinoameri-

canos es un fenómeno parecido al que experimentaron los norteamericanos después de la depresión del 30 es una ilusión óptica: lo que en los EE.UU. fue resultado de una bancarrota ocasional, en Latinoamérica es parte de un proceso no sólo político sino social de hondas proyecciones.

2) Latinoamérica va a llevar a cabo un número de reformas para liberarse de su condición semi-colonial: estas reformas son *inevitables*, y en la realización de tales reformas *inevitablemente* van a sufrir los intereses económicos y políticos de los EE.UU., particularmente los intereses que nacieron bajo la protección de tratados y de pactos onerosos para las naciones latinoamericanas y característicos de épocas políticas ya superadas.

3) En el transcurso de esta crisis el comunismo va a ser considerado como una solución por muchos latinoamericanos e, irremediamente, se planteará un grave conflicto en el modo de interpretar semejante actitud. Semánticamente, se dijo, la palabra *comunismo* creará una barrera entre las masas empobrecidas de Latinoamérica y el pensamiento político actual norteamericano. En el transcurso del debate alguien afirmó que "no se trata de oponerse a reformas de tipo socialista, sino a la penetración soviética". La pregunta que siguió a este pronunciamiento cae de cajón: ¿Quién asumirá la responsabilidad de fijar la línea que separa a una "reforma socialista" de un acto de "penetración soviética"? El consenso de opinión fue, más bien, que los intelectuales norteamericanos deben apoyar una política que se oriente hacia una cooperación *positiva* en la realización pacífica y democrática de las reformas necesarias para la independencia económica de Latinoamérica.

4) Se insistió en la necesidad de que tanto el pueblo norteamericano como sus gobernantes pongan en evidencia una firme fe en el programa de reformas que actualmente propician, y que mantengan una actitud de invariable respeto a la soberanía de los países latinoamericanos y una consistencia a toda prueba en la resolución de sus compromisos políticos. Con igual énfasis se hizo notar la existencia de una oposición, directa o indirecta, por parte de ciertos sectores latinoamericanos ante cualquier programa de reformas básicas que tiendan a reorganizar la estructura económica de nuestros países, y se subrayó la necesidad de encarar y superar esa oposición.

Este esquema no da, por cierto, una idea ni remota de las apasionantes discusiones que provocó el asunto político. Se plantearon preguntas fundamentales, se expresaron opiniones novedosas, quedaron sonando algunos *slogans* llamativos, se analizaron delicados aspectos de la política en altas esferas. La impresión final del debate fue, como he dicho, de extrema claridad en la exposición de los puntos de discordia y de acuerdo en lo más esencial.

### Relaciones culturales

¿Qué pasaba por la mente de los escritores y artistas norteamericanos en Paradise Island cuando nuestros pintores, músicos, novelistas, poetas y críticos, en el proceso de examinar el pasado y el presente, mencionaban nombres que para nosotros son verdaderas instituciones y que en los Estados Unidos son totalmente desconocidos? ¿Duda, asombro, desconuelo? Algo de todo eso.

En un momento dado, y haciendo abstracción de individualidades, tuve la impresión de que un mundo sofisticado, por muy envuelto que esté en dorada aureola de fama, puede también enseñar una curiosa y conmovedora máscara provinciana. Como si se dieran vuelta los papeles: el arte de Latinoamérica se me aparecía como un vasto mundo de fronteras ilimitadas, de apasionante sentido de aventura, en pleno proceso de gestación y maduración y, frente a él, algo de la experiencia norteamericana me miraba desde una jaula dorada, con sus raíces firmemente puestas en Manhattan, sorprendida, al empujarse y observar por encima de la cerca, de que allí afuera estuviese ocurriendo algo que no necesariamente ilustra las listas de *best-sellers* ni las taquillas de Nueva York. Los taquigrafos que tomaban literalmente las intervenciones me decían que al oír un nombre latinoamericano —Mistral, Neruda, Gallegos, Borges, Guillén, Vallejo— debían tomarlo fonéticamente, en la imposibilidad de reconocerlo. ¿Para cuántos de nuestros colegas eran esos nombres sonidos identificables? Bueno. Hemos dicho que todos estábamos mirando por una pequeña rendija el abismo donde se levantan los cimientos de un gran edificio. Que la rendija se convierta en gran ventana panorámica es nuestra esperanza.

Hubiera sido un error separarse de este encuentro con un saludo cortés y tan sólo una palabra amable. Era muy importante que este esfuerzo inicial se concretase en algo que nos mantuviera unidos en el futuro, impulsando ese mutuo y progresivo examen en que nos habíamos empeñado durante algunos días. Ese *algo* está implícito en una oportuna sugerencia que hiciera Robert Rossen durante la sesión final: la creación de un Comité Cultural Interamericano que, manejado por auténticos creadores, haga aquello que las instituciones culturales de base política y organización burocrática han dejado de hacer, aplastadas por la rutina y el peso de los sellos oficiales. Este Comité, cuya organización es tarea que cumple ya Robert M. Wool, tendrá como propósito la ejecución de un número de proyectos que se presentaron al término del simposio entre ellos: la producción de obras teatrales de autores latinoamericanos en los EE.UU., la publicación de traducciones en gran escala, un extenso programa de exposiciones y conciertos, la fundación de una revista de crítica redactada en forma bilingüe, el intercambio de escritores y artistas sobre la base de un contacto directo y permanente con centros universitarios y culturales, el examen riguroso de quienes participan en tales intercambios y giras para obtener así la selección de valores genuinamente representativos del arte y la literatura de las Américas.

En los últimos años me ha tocado en suerte participar en varios "encuentros" de esta naturaleza; debo decir que en ninguno había tenido, como en éste de Paradise Island, la sensación tan cierta de que algo nuevo está a punto de ocurrir en las relaciones culturales de los Estados Unidos y Latinoamérica: algo que pudiera producir en tiempo no lejano una imagen cultural en la que se integre el pensamiento de varias generaciones y en la que vean los escritores y artistas jóvenes un punto de partida para crear dentro de una tradición auténticamente americana. ☞